



María Gabriela Huidobro Salazar
 Doctora en Historia
 Decana Facultad de Educación y Ciencias Sociales,
 Universidad Andrés Bello

“ Chile requiere más y mejores profesores, pero, sobre todo, debe dar razones para que alguien quiera dedicar su vida a uno de los trabajos más significativos y, sin embargo, menos valorizados que hay”.

Educación a la pizarra

“Una especie de fatalidad pesa sobre maestros y profesores... El sueldo magro, las cargas de familia y el desdén de las clases altas hacia sus problemas vitales, todo esto y mucho más irá royendo sus facultades y el buen vino de la juventud se le torcerá hacia el vinagre... El entusiasta se encoge y se enfria; el ofendido se pone a vivir dentro de un ánimo colérico, muy ajeno a su profesión de amor”. Así hablaba Gabriela Mistral en 1949, preocupada por la escasa valoración social y la sobrecarga laboral de los profesores, cuya labor parecía ser más un apostolado auto-flagelante que un trabajo complejo, sustancial y superior.

Recuerdo otra vez estas palabras mientras el sistema educativo público enfrenta una nueva crisis -quizás la misma de siempre-, con profesores en paro, establecimientos precarizados y algunos Servicios Locales (SLEP) colapsados a poco tiempo de iniciar sus funciones. En paralelo, el Congreso debería estar discutiendo un proyecto para redefinir los requisitos de ingreso a las pedagogías, mandado por mensaje presidencial de marzo pasado, que requiere que, antes de agosto, se resuelva el nuevo mecanismo que regule la admisión a estas carreras.

El problema es que ambas situaciones no parecen dialogar. Mientras parte del profesorado amenaza con paralizar actividades por no contar con condiciones mínimas para su ejercicio profesional, en el Congreso consideran aumentar los requisitos a una carrera que genera cada vez menos interés. La situación transita entre una comedia del absurdo y un diálogo de sordos.

Aunque se suba el puntaje mínimo de acceso o se flexibilicen vías especiales, lo esencial sigue sin abordarse. Hoy, ser profesor es una tarea que exige mucho y ofrece poco. Entre 2018 y 2022, la matrícula en estas carreras cayó un 43% y aunque ha logrado estabilizarse en el último tiempo, sus números no alcanzarán para enfrentar el déficit proyectado de profesores para 2030. La cifra preocu-

pa, pero el diagnóstico que se ha instalado -centrado en los requisitos de admisión- es apenas una parte del problema o un síntoma mal interpretado. No se trata solo de cuántos y quiénes pueden entrar, sino de por qué cada vez menos jóvenes quieren dedicarse a educar.

La política pública ha insistido en mejorar becas, flexibilizar accesos, promover vocaciones desde enseñanza media. Eso ayuda, pero nada compensará el hecho de que muchos egresados desertan antes de cumplir cinco años en el sistema escolar. Como decía Mistral, el salario de entrada es bajo; los ascensos, lentos; las jornadas, extensas; las tareas van mucho más allá de la sola docencia; y la autonomía profesional se ve limitada por la burocracia. A ello se suma que el respeto social al pedagogo resuena, a estas alturas, como un mito perdido *in illo tempore*. A la figura del profesor la acompaña, en cambio, un halo de sospecha, desconfianza o indiferencia.

Tal vez el problema no radica en que falte vocación, sino en que ella no basta si se convierte en sinónimo de sacrificio permanente. No podemos mantener los debates por separado, hablando del sistema de acceso y, por otro lado, sobre los paros y alertas de la educación pública. Pretender resolver en julio el problema de los requisitos de admisión, como si se tratara de una urgencia aislada, forma parte de una mirada miope y cortoplacista. Para debatir con profundidad, quizás se requiera más tiempo, pero es urgente hacerlo a partir de ahora.

No es que debamos renunciar a estándares o bajar exigencias, pero si se debe entender que la atracción de talento docente no se resuelve desde la admisión y oferta universitaria, sino desde la proyección del trabajo pedagógico en la escuela. Si no mejoramos las condiciones estructurales del ejercicio profesional, cualquier ajuste al acceso será, en el mejor de los casos, un parche momentáneo. Chile requiere más y mejores profesores, pero, sobre todo, debe dar razones para que alguien quiera dedicar su vida a uno de los trabajos más significativos y, sin embargo, menos valorizados que hay.

♦